

corazon. Esta diferencia consiste en el objeto , en las acciones , y en la correspondencia.

En el objeto : el desorden de su corazon la habia aficionado á unos hombres corrompidos, inconstantes, pérfidos , mas disolutos que amigos verdaderos ; mas cuidadosos de satisfacer sus desordenadas pasiones , que de hacerla feliz ; á unos hombres , en quienes es lo mismo quedar satisfecha la pasión , que empezar á despreciar ; á unos hombres , que como Amnón , miran como vil y aborrecible al desgraciado objeto de su amor luego que han alcanzado de él quanto deseaban ; á unos hombres , cuyas flaquezas , artificios , excesos , y defectos conocia ; que sentia interiormente no ser merecedores de su corazon , y á los que solamente vivia aficionada , mas por la desgraciada inclinacion de sus pasiones , que por eleccion libre de la razon ; finalmente , á unos hombres que todavía no habian podido fixar la ligereza é inconstancia de su corazon. Su penitencia la une á Jesu-Christo , modelo de todas las virtudes , fuente de todas las gracias , y principio de todas las luces ; quanto mas le examina , mas grandeza y santidad descubre en él ; quanto mas le ama , mas digno le parece de ser amado ; á Jesu-Christo , amigo fiel , desinteresado , inmortal , á quien solamente mueven sus intereses eternos , que vino á sacrificar su vida por asegurarla una felicidad inmortal , que la distinguió de todas las mugeres de Judá con una abundancia de misericordia , quando ella mas se señalaba con los excesos de sus miserias , que nada espera de ella , y que quiere darla mas de lo que ella misma puede esperar ; finalmente á Jesu-Christo , que ha dado la tranquilidad á su corazon purificandole , que ha fixado la inconstancia y multitud de sus deseos ; que ha llenado toda la extension de su amor ; que la ha dado la paz que nunca habian podido darla las criaturas.

¡Oh alma mia ! ¡Hasta quando no has de amar en las criaturas sino tus inquietudes y penas ! ¡Te costaría acaso mas trabajo el romper tus cadenas , de lo que te cuesta el

su-

sufrirlas ! ¡Te han de ser mas insufribles las virtudes y la inocencia , que las infames pasiones que te tiranizan y despedazan ! ¡Ah ! Todo te será mas suave que las tristes inquietudes que te hacen tan infeliz en la culpa. Esta es la diferencia en el objeto de su amor.

En las acciones : El exceso de la pasión la habia obligado á executar mil acciones contrarias á su gusto , á su honor , y á su prudencia ; á sacrificar á los hombres su sosiego , sus inclinaciones , su honor , y su libertad ; á unas condescendencias infames , á unas sumisiones molestas , á unos sacrificios públicos que las mas veces no tienen otra recompensa que el derecho que con ellos adquieren los hombres á pedir otros nuevos ; á tanto exceso llega la ingratitud de los hombres ; quanto mas dueños los haceis de vuestro corazon , mas tiranos se hacen de él ; el exceso de amor que los manifestais , disminuye siempre para con ellos el mérito , y os castigan el ansia y la vergüenza de vuestros excesos amorosos , tomando ocasion de ellos mismos para dexar entibiar su reconocimiento.

Estas fueron las ingratitudes que experimentó nuestra pecadora en los caminos de las pasiones ; pero en su penitencia todo se cuenta á su favor ; los mas leves pasos que dá por Jesu-Christo son atendidos , alabados , y defendidos por el mismo Jesu-Christo ; aunque el Fariseo intente disminuir su mérito (porque el mundo solamente cuida de minorar el precio de las virtudes de los justos) el Salvador toma por su cuenta la defensa ; ¿Ves esa muger , le dice ? *¿Vides hanc mulierem ?* Como si quisiera decirle ; ¿conoces bien el mérito de los sacrificios que me ofrece , y hasta donde llega la fuerza y el exceso de su amor ? *No ha cesado de bañar mis pies con sus lagrimas , de enjugarlos con sus cabellos , de perfumarlos , y besarlos.* Todo lo cuenta , todo lo advierte , hasta un suspiro , una lagrima , y un simple movimiento del corazon ; con él no se pierde cosa alguna de quanto por

por él se hace; nada se oculta á la fidelidad de su vista, ó á la fineza de su corazon; el que le sirve puede estar seguro de que sirve á un Dueño muy agradecido; dá estimacion aún á los mas cortos sacrificios. *¿Vides hanc mulierem?* ¿Ves esa muger? parece que quisiera que todos los hombres la mirasen con los mismos ojos que él, que todos los hombres fuesen unos apreciadores equitativos de su amor y de sus lagrimas, como él: *¿Vides hanc mulierem?* Ya no vé sus desordenes, olvida una vida llena de disoluciones y culpas, y no vé mas que su arrepentimiento y sus lagrimas.

¡Qué consuelo es para una alma que se convierte á Dios el poder decirse á sí misma; yo no habia vivido hasta ahora sino para la mentira, y para la vanidad; mis dias, mis años, mis cuidados, mis inquietudes, mis penas, hasta ahora todo ha sido perdido, y no subsiste ni aún en la memoria de los hombres para quienes solamente he vivido, y á quienes todo lo he sacrificado; mi buena fé, mis ansias, y mis cuidados nunca han tenido otra recompensa que ingratitudes; pero quanto haga en adelante por Jesu-Christo todo será apreciable; mis penas, mis mortificaciones, los mas leves sacrificios de mi corazon, mis suspiros, mis lagrimas, las que tantas veces habia derramado en vano por las criaturas, todo esto se escribirá con caracteres inmortales en el libro de la vida; todo esto permanecerá eternamente en la memoria de aquel fiel Señor á quien sirvo; todas mis obras, aunque mi flaqueza y corrupcion mezclen con ellas algunos defectos, serán excusadas, y aún purificadas por la gracia de mi libertador; él coronará sus dones, recompensando mis flacos meritos; ya solamente vivo para la eternidad, ya no trabajo en vano, mis dias son reales y verdaderos, y ya no es sueño mi vida! ¡Ah, Católicos! ¡Qué gran ganancia es la virtud, y quantos motivos tiene una alma que se convierte á Jesu-Christo para consolarse en la pérdida de las criaturas que le sacrifica!

La

La ultima diferencia consiste en lo seguro de la correspondencia. El amor que nuestra feliz pecadora habia tenido á las criaturas, siempre habia estado acompañado de las mas crueles incertidumbres: Siempre tenemos dudas de si somos correspondidos en nuestro amor; somos ingeniosos para hacernos desgraciados, y para formarnos á nosotros mismos temores, sospechas y zelos; quanto mas sincero es nuestro proceder, mas tenemos que sufrir; somos martyres de nuestras propias desconfianzas. Bien lo sabeis, Católicos, y á mí no me es decente hablar aquí en el estilo de vuestras insensatas pasiones.

Pero mudando de amor es muy distinta nuestra suerte: Apenas empezó nuestra pecadora á amar á Jesu-Christo, quando ya tuvo señales ciertas de que era correspondida; oye salir de su divina boca la favorable sentencia, que al mismo tiempo que la perdona sus pecados, la asegura de la bondad y del amor del que se los perdona. *Remittuntur ei peccata multa.* No solamente olvida sus desordenes, sino que quiere que ella misma quede asegurada de que están olvidados, perdonados y borrados; quiere precaver todas sus dudas, no dexa lugar á las desconfianzas è incertidumbres, y no puede dudar del amor de Jesu-Christo, sin dudar de la verdad de su poder y de la fidelidad de sus promesas.

Pues este, Católicos, es el estado de una alma verdaderamente arrepentida al salir del tribunal de la Penitencia, en donde Jesu-Christo por el ministerio del Sacerdote acaba de perdonarla las culpas que ha borrado con su amor y sus lágrimas; no obstante la incertidumbre que tiene de si es digna de amor ò aborrecimiento, la que es inseparable del estado de esta vida presente, una paz interior la dá testimonio en lo íntimo de su alma de que habita en ella Jesu-Christo; experimenta un consuelo y una alegría en lo íntimo de su conciencia, que no puede menos de ser efecto de su justificacion; no quiero decir que sus antiguas infidelidades no dexen en ella

Tomo IV.

Y

al-

algunos sustos y dudas, y que algunas veces vivamente penetrada del horror de sus desórdenes, y de la severidad de los juicios de Dios, no la parezca que tiene motivo para desconfiar; pero el mismo Jesu-Christo, que es quien excita estas borrascas en lo íntimo de su corazón, acude prontamente à sosegarlas; su voz la dice interiormente, como en otro tiempo al Príncipe de los Apóstoles quando caminaba asustado sobre las olas: *Alma de poca fe, ¿por qué dudas? Modica fidei quare dubitasti? (a)* ¿No te he dado bastantes señales de mi protección, y del amor que te tengo? Acuérdate de lo mucho que he hecho por sacarte de los caminos del desorden; yo no busco con tanto cuidado à las ovejas que no amo; no las traygo desde tan lejos para dexarlas perecer à mi vista; no desconfies, pues, de mi bondad; teme solamente tu tibieza è inconstancia. Primer consuelo de su penitencia: la diferencia de su amor.

El segundo es el sacrificio de sus pasiones; pone à los pies de Jesu-Christo sus perfumes, sus cabellos, todos los lazos de su corazón, todos los deplorables instrumentos de sus vanidades y delitos; y no os parezca, Señores, que en esto sacrifica sus placeres, lo que sí sacrifica son sus inquietudes y penas.

Por mas que digais que la felicidad de los que viven entregados à las pasiones consiste en los cuidados que éstas excitan, este es un estilo de que se precia el mundo; pero se halla desmentido por la experiencia. ¿Qué suplicio no es para una alma mundana que gusta de agradar, el penoso cuidado que tiene de una hermosura que todos los días se va borrando y acabando! ¿Qué diligencias no hace, qué molestias no padece! Necesita hacerse violencia à sí misma y à sus inclinaciones, privarse de las diversiones, y vencer su pereza; ¿qué furor no siente dentro de sí quando vé que estos cuidados han sido inútiles, y ad-

(a) *Matth. 14 v. 31.*

advierte en otras hermosuras encantos mas felices, que se llevan tras sí todas las atenciones! ¿Qué tiranía la de las modas! Con todo eso, tiene precision de sujetarse à ellas à pesar de otros cuidados que se las impiden, à pesar de un esposo que lo reprueba, del mercader que murmura, y que acaso hace que cueste muy cara la tardanza y dilacion de las pagas. Quiero pasar en silencio los cuidados de la ambicion; ¿qué vida la que se pasa enteramente en medidas, proyectos, temores, esperanzas, sustos, envidias, sumisiones y rendimientos indignos! Tampoco quiero hablar de los sobresaltos que acompañan al exceso de una pasión amorosa; ¿qué temores de que ésta se descubra! ¿qué medidas no hay que tomar para conservar el honor y buena fama! ¿De cuántas personas hay que guardarse! ¿Qué diligencias no hay que hacer para engañar la vigilancia de los interesados! ¿Qué peligros no hay que temer de parte de la fidelidad de aquellas personas que se escogen para ministros y confidentes de la pasión! ¿Qué desayres que sufrir, acaso de parte del mismo sugeto à quien se sacrifica el honor y la libertad, de los que es imposible quejarse! Añadid à todo esto aquellos crueles momentos, en que estando menos viva la pasión, nos dexa lugar desembarazado para pensar en nosotros mismos, y conocer la infelicidad de nuestro estado; aquellos momentos en que nuestro corazón, que fue criado para gozar de mas sólidos placeres, se cansa de sus propios ídolos, y halla su suplicio en sus disgustos, y en su propia inconstancia. ¿Mundo profano, si esta es la felicidad que tanto nos ponderas, favorece con ella à tus adoradores, y esa felicidad que les concedes les sirva para castigo de la ligereza con que han dado credito à tus promesas.

Esto es lo que nuestra pecadora pone à los pies de Jesu-Christo; sus lazos, sus inquietudes, su esclavitud, los instrumentos de sus aparentes placeres, y la verdadera raíz de todas sus penas. Pues aun quando no se ha-

llára otro consuelo en la virtud, ¿no sería suficiente el verse libre de las mas vivas inquietudes de las pasiones? ¿El no tener pendiente nuestra felicidad de la inconstancia, perfidia è injusticia de las criaturas? ¿El ser superior à los sucesos, hallar en nuestro corazon quanto necesitamos para ser felices, y conocer, por decirlo asi, que él basta para sí mismo? ¿Qué se pierde en sacrificar unos cuidados tristes y crueles, para hallar en recompensa la paz y la alegría? ¿No es ganarlo todo, como dice el Apostol, el perderlo todo por Jesu-Christo? Tu fé te ha salvado, dice el Señor à la pecadora, vé en paz: *Vade in pace*: este es el tesoro que se la dá por las pasiones que sacrifica; esta la recompensa y consuelo de sus lágrimas y arrepentimiento; la paz del corazon que no habia podido hallar, y que el mundo nunca la habia dado. Insensatos, dice un Profeta, ¡ay de vosotros que llevais arrastrando el peso de vuestras pasiones, como lleva el buey, quando trabaja, las coyundas del yugo que le sujeta, y caminais à vuestra perdicion por las mismas sendas de las molestias de la servidumbre y de las violencias! *Vae qui trahitis iniquitatem in funiculis vanitatis, & quasi vinculum plaustrum peccatum (a)*

Finalmente; su culpa la habia hecho infame para con los hombres; todos miraban con desprecio la indignidad y oprobrio de su modo de vida; vivia degradada de todos los derechos que dá la buena fama y una vida irreprehensible; y aun se admira el Fariseo de que Jesu-Christo la sufra à sus pies.

Porque el mismo mundo que autoriza todo lo que guia al desorden, siempre cubre de ignominia los excesos; aprueba y justifica las máximas, las modas, los placeres que corrompen el corazon, y con todo eso quiere que se concilien la inocencia y regularidad de costumbres con su corrupcion; inspira todas las pasiones y des-

(a) *Isai. 5. v. 18*

desaprueba sus resultas; quiere que cuideis de agradar, y luego que lo habeis conseguido os desprecia; sus theatros lascivos resuenan con los infames elogios que en ellos se hacen al amor profano, y sus conversaciones no son mas que sátiras sangrientas contra los que se dexan arrastrar de esta infeliz inclinacion; alaba las gracias, los atractivos, los talentos desgraciados que encienden las llamas impuras, y os cubre de una perpetua ignominia luego que os vé abrasados en ellas. ¿Qué desgracia el haber de mantener en un mundo que aun amamos, y sin el que no podemos vivir, las tristes reliquias de una reputacion, ò pérdida, ò mal asegurada; y haber de presentar en todas partes con nosotros mismos la memoria, ò las sospechas de nuestros delitos!

Estas habian sido las amarguras y oprobrios que acompañaron las pasiones y desórdenes de nuestra pecadora; pero su penitencia la restituye mas honor y fama que la habian quitado sus delitos: Esta pecadora, tan despreciada en el mundo, halla en Jesu-Christo un defensor que la admira; esta pecadora, de quien antes nadie hablaba sin avergonzarse, es alabada aun en aquellas prendas mas famosas segun el mundo, pues alaban la bondad de su corazon, la generosidad de sus pensamientos, y la fidelidad de su santo amor: Esta pecadora, que nadie se atrevia à comparar sino con ella misma, y de cuyo escándalo no habia exemplo en la ciudad, es mas atendida que el Fariseo; la verdad y sinceridad de su fé, de su compuncion y de su amor merece desde luego ser preferida à una virtud superficial y farisaica. Finalmente, esta pecadora cuyo nombre se calla como indigno de ser pronunciado, y que solamente se dá à conocer por sus delitos, sirve de honor à Jesu-Christo, de alabanza à la gracia, y de gloria al Evangelio. ¡Oh admirable poder de la virtud!

Sí Católicos; la virtud nos presenta hoy un espectáculo digno de Dios, de los Angeles, y de los hombres; res-

restablece la fama perdida, nos hace recuperar acá en la tierra los derechos y honores de que estábamos privados, borra las manchas que hubiera hecho inmortales la malicia de los hombres, nos une à los siervos de Jesu-Christo, y à la sociedad de los justos, de la que antes no eramos dignos; y aun hace que se adviertan en nosotros mil prendas apreciables, que habia como borrado el desorden de las pasiones; es mayor la gloria que nos adquiere, que el desprecio è infamia que nos habiamos merecido con nuestras pasadas costumbres; mientras Jonás se mantuvo infiel, fue anathema del cielo y de la tierra; los mismos idólatras se vieron precisados à separarle de su compañía, y à arrojarle como à hijo de infamia y maldición; y solamente pudo hallar asilo, y ocultar su confusión y su oprobrio en el vientre de un monstruo; pero apenas se arrepintió, apenas imploró las eternas misericordias del Dios de sus padres, quando se hizo la admiracion de la soberbia de Ninive; los Grandes y el pueblo le tributaban unos respetos inauditos hasta entonces; y el mismo Príncipe, venerando su virtud, baxa del trono, y se cubre de cilicio y ceniza para obedecer al hombre de Dios; las pasiones que el mundo alaba ò inspira nos hicieron despreciables; la virtud que el mundo censura y combate nos grangea sus respetos

¿Pues en qué consiste, amados oyentes míos, que no pongais fin à vuestra infamia y à vuestras inquietudes con vuestros delitos? ¿Os asustan las satisfacciones de la penitencia? Pues quanto mas la dilateis, mas crecen éstas, mas deudas acumulais, mas rigores preparais à vuestra flaqueza; si hoy os desalienta la satisfaccion, ¿qué será quando habiendose multiplicado infinitamente vuestros delitos, casi no haya penas suficientes con que expiarlos? Entonces os precipitarán en la desesperacion; tomareis el funesto partido de sacudir el yugo, y de no contar con vuestra salvacion; formareis máximas para
vi-

vivir sosegados en el libertinage, y mirareis como inútil una penitencia que entonces tendreis por imposible. Quando los embarazos de la conciencia llegan à cierto punto, nos sirve de consuelo el persuadirnos que no hay remedio; miramos con indiferencia las verdades quando nos hallamos muy distantes de lo que nos prescriben; quando nos parece que no podemos hallar remedio en la fé, le buscamos en la incredulidad; quando este chaos llega à ser inexplicable, inmediatamente inferimos que todo es incierto; y por otra parte, ¿qué rigor ni qué tristeza puede hallarse en unas satisfacciones, cuyo mérito consiste principalmente en el amor?

¿Alma infiel! ¿temes no poder sufrir la santa tristeza de la penitencia, habiendo podido sufrir hasta ahora la interior tristeza de la culpa? ¿La virtud te ha de parecer una insufrible molestia, quando há tanto tiempo que estás sufriendo el enojo de una conciencia despedazada, que no puede alegrarse con placer alguno? Supuesto que hasta ahora has podido sufrir las secretas inquietudes, las amarguras, los disgustos y las tristes molestias del desorden, no temas las de la virtud. En las penas è inquietudes inseparables de la culpa puedes haber aprendido à sufrir las que acaso se hallan en la virtud, y mas quando la gracia suaviza y hace amables las violencias de la piedad, siendo así que las de la culpa no tienen mas consuelo que la amargura del mismo delito.

¿Dios mio! ¿Es posible que yo haya andado extraviado tanto tiempo por unos caminos tristes y penosos, baxo la tiranía del mundo y de las pasiones, y que no he de poder vivir con vos, baxo el tierno amor de vuestra vista, baxo las alas de vuestra misericordia, y baxo la proteccion de vuestro brazo? ¿Habeis de ser vos un dueño cruel? El mundo que no os conoce, juzga que haceis desgraciados à los que os sirven; pero nosotros bien sabemos que sois el mejor dueño, el padre
mas

mas amoroso, el amigo mal fiel, el bienhechor mas magnanimo, y que anticipais con los infinitos consue- los interiores con que favoreceis áca en la tierra à vues- tros siervos, la eterna felicidad que los habeis prepara- do. Amen.



N O T A.

No se pone aqui el Sermon para el Viernes de esta semana; en los manuscritos del Ilustrísimo Señor Massillon se halla para este dia un Sermon acerca del Mysterio de la Encarnacion, y éste me ha parecido mas conveniente colocarle en el tomo de los Mysterios, que es el segundo de esta Obra.

Despues del Sermon siguiente se halla otro punto de un Sermon, que trata de la enorme culpa de las comuniones indignas. El Autor compuso primero su primer punto, pero habiendole parecido despues que el segundo, en que se trata de las disposiciones necesarias para comulgar dignamente, pedia ser tratado con mas extension, hizo un Sermon entero, y dexó lo que habia escrito acerca de las comuniones indignas. El público, despues de haber leído este fragmento, verá que le hubiera hecho un grande agravio en suprimirle, pero será muy util leerle antes del Sermon siguiente.

SER-



SERMON PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

SOBRE LA COMUNION.

Dicite filia Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.

Decid á la hija de Sion: mira á tu Rey que viene á tí lleno de mansedumbre. *Matth.*

2 I. v. 5.

LOS oraculos de los Profetas, las apariciones del Señor á los Patriarcas, los sacrificios y las obla- ciones de la ley, sus signos y sus figuras anuncia- ban muchos siglos antes á la infiel Jerusalem, que su Sal- vador y su Rey no habia de tardar en visitarla, y mani- festarse á su vista. El mismo Precursor, aquel Angel del desierto anunciado en Isaías, se habia ya dejado ver en las riberas del Jordan, para disponer los caminos al Rey de la gloria, y decir á su pueblo: *Vedle aqui*: Y Jerusa- len no tenia excusa si no le conocia, y si le recibia in- dignamente en su propio reyno.

Con todo eso, esta venida tan feliz, deseada de tan- tos justos, esperada por tantos siglos, anunciada con tan- tos preparativos, y que prometia unos bienes tan gran-

Tomo VI.

Z

des